

Suscripciones de Madrid  
y venta de números  
Plaza de Matute, 2

# El Cascabel

A los suscritores por año  
se les regala  
el mejor de los Almanaques.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID  
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS

MADRID 2 DE ENERO DE 1876

SEIS PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS  
NÚMERO ATRASADO MEDIO REAL

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

## COSAS DEL DÍA.

La próxima convocatoria para las futuras Cortes ha traído muy desazonados estos días á los hombres políticos. Apenas se oye hablar de otro asunto, y el desgraciado que huyendo de las conversaciones recurre para solazarse á los periódicos, sufrirá con su lectura un nuevo y terrible desencanto.

Ya no se habla del cuadro del artista, ni del invento del mecánico, ni del libro del escritor: los políticos tienen el privilegio de absorberlo todo, refiriendo al público diariamente las mayores ó menores probabilidades que tienen de triunfar. Las candidaturas menudean más que las monedas de cinco duros; cada distrito es un hormiguero de candidatos, y *La Correspondencia de España* un mosaico de nombres propios, referentes á las próximas elecciones.

Francamente, deseo que estas empiecen pronto, porque es la única manera de que acaben pronto también. Una vez efectuadas, solo tendremos que habérselas con cuatrocientos nombres, en lugar de los cuatro mil que sueñan actualmente con ser padres de la patria.

La verdad es que el general Pavía nos acostumbró muy mal en eso de sistema representativo, que siendo teóricamente una cosa inmejorable ha solido dar en la práctica terribles petardos.

Los candidatos se afanan estos días por complacer á sus electores y sé de uno, que se presenta por un pueblo de la Mancha, que ha prometido llevar á él la Capitanía general de Valencia, el arzobispado de Toledo, el departamento marítimo del Ferrol, el Palacio Real de Madrid y la Giralda de Sevilla. Ignoro cómo podrá componerselas para ello, pero el hombre está firme en su idea y cree tener grandes probabilidades de triunfo.

Pero como no hay mal que por bien no venga, las elecciones han producido ya la ventaja á uno de mis compañeros de redacción de escribir cinco programas á otros tantos candidatos. Para ello ha fijado una tarifa especial, cobrando, según mis informes, cinco duros por manifiesto sencillo, diez por manifiesto persuasivo y quince por manifiesto irresistible. Uno de estos, que ha llegado á mis manos, es de tal natura-

leza, que no habrá un solo elector que lo lea y deje de lanzarse á la calle con un garrote para persuadir á sus convecinos de que el candidato D. N. es el único que puede salvar á la agonizante España. Me alegraría que lo viesen Vds. para que juzgasen si hay exageración en lo que digo.

La verdad es, que el oficio de candidato es difícil y enojoso, y que al verles por esas oficinas solicitando para sus electores, no puede uno menos de compadecerles. ¡Tales están los pobres!

A propósito de esto, debo repetir una frase que escuché ayer en el corazón de Lavapiés.

Un pobre hombre, no sé si enfermo ó loco, pero estropeado hasta lo sumo, había sido elegido por una turba de muchachos y zagalones para objeto de todo género de burlas, y tan pronto recibía un empujón como una pedrada de sus perseguidores. Una mujer, que recostada contra la puerta de una casa, contemplaba la escena, hubo de compadecerse de la víctima y exclamó en un arranque de generosidad:

—Chicos, dejadle, que es un candidato!



He hablado antes de los manifiestos que escribe un compañero en EL CASCABEL, porque así se lo había prometido, por si le sirve de reclamo; pero ahora debo decir, por cuenta propia, y en descargo de mi conciencia, que el procedimiento tiene sus contras.

Figúrense Vds., por ejemplo, que los electores de Zamarramala tienen que optar entre dos candidatos; que á ninguno de ellos conocen, y que deseosos de proceder con rectitud, leen sus manifiestos.

Dice el primero de los mismos:

«Zamarramaleros,

«Ni el deseo de figurar me impulsa, ni la ambición me mueve á solicitar vuestros sufragios. Más grande, más noble, más elevado es el fin que me guía...»

Y dice el otro candidato:

Zamarramaleros,

«Ni el deseo de figurar me impulsa, ni la ambición, etc., etc.»

Los electores y lectores, creyendo equivocarse, siguen leyendo en uno:

—Bueno: esa es cuestión para después. Mas haz lo que te digo.

Chapín y Rafael, vencidos por la fuerza de lógica del teniente mucho más que por la lógica de su fuerza, se dispusieron á obedecer.

Vuelta á cerrar la puertecilla que tan bruscamente abrió Cid, preparóse un lecho de mullida de paja donde se depositó al viejo marino.

Rafael, Tralla y Jerónimo, le rodeaban con solitud.

Al pobre rescatado todo se le volvía decir:

—¿Conque ha sido este inteligente animal... este *hermosísimo* animal?... ¡Dios mío y yo que hasta el presente le he hallado feo!... ¿Dónde tenía los ojos? Sí... mis buenos vecinos... le hallaba feo. Todo era envidia pura... pura envidia no más, Rafaelito, hijo mío... Ya se ve, mi perrilla Foca le miraba siempre con unos ojos tan saltones... estudiaba tan mal la lección... Y hacía muy bien... Vaya si hacía. Razon tenía de sobra la coquetuela... ¿Dónde hallar otro novio como Tralla? Por supuesto, Rafaelito, hijo mío, que me lo dará Vd. No haga Vd. caso de la pretensión absurda del teniente. ¿Dónde ha de estar mejor que conmigo? Le prometo á Vd. tratarlo á cuerpo de rey. Mi casa es una casa de sosiego, mientras que los pobres soldados andan siempre de acá para allá.

Cid, escuchando aquel discurso, relinchaba: Rafael, acariciando al perro, le sonreía y el viejo viendo el pleito mal parado, echaba otra copita y volvía á la carga.

Entretanto, ¿qué recursos supremos empleaba el teniente para obtener los datos que deseaba del Niño de la ermita?

Chapín que á fuer de observador no quiso desper-

«...Cerrado el período de las perturbaciones demagógicas é iniciada una era de bienandanza...»

Y leen después en el otro:

«...Cerrado el período de las perturbaciones demagógicas é iniciada una era de bienandanza...»

Aquí los electores de Zamarramala, á pesar de todos los pesares, no podrán menos de manifestar su asombro por cuantos medios les sugiera la sorpresa, y acaso se sentirán inclinados á retraerse, á pesar del descredito en que ha caído el retraimiento.

Y sin embargo, la cosa no puede ser más natural. Ambos candidatos han debido beber su elocuencia en la misma fuente, inspirarse en iguales consideraciones, limitarse, en suma, á un manifiesto sencillo, ó sea de la primera clase, de los que proporciona nuestro amigo.

Yo descargo mi conciencia haciendo estas advertencias. Ahora, si los cuatro mil candidatos desprecian mi consejo, acudan al taller de mi compañero, que no saldrán de él sin un manifiesto capaz de arder en un candil.



La lucha electoral, á pesar de todos sus inconvenientes, todavía es menos censurable que otro género de luchas, que se apropian el nombre de lances de honor, como si el honor pudiera hoy consistir, como en otros siglos, en agujerear el pellejo de un adversario.

Pocos días hace que dos personas de elevada posición social, y que por el partido en que militaban debieran reputarse religiosas hasta el extremo, confiaban á sus revolvers la razón de su querrela, y uno de ellos caía muerto á la vista de varios testigos, que daban la mano al matador.

¿Qué diferencia existe entre esto y las dos Amazonas que el miércoles último reñían á navajada limpia en la calle de Segovia?



A propósito de la calle de Segovia, leo en un periódico que el municipio pondrá muy en breve alumbrado de gas en el viaducto.

De esta manera, los suicidas podrán consultar su

diciario tan curioso estudio, fué el sólo que pudiera explicarlo.

Mas guardólo para sí, y se lo agradecemos.

D. Carlos entró á poco, y dijo:

—Ya está todo más claro que el día. Ese ladroncillo de S. Borondon, encubría nada menos que á dos secciones que operaban separadamente ó en comandita, según las circunstancias, su inclinación ó el riesgo del golpe que iban á dar. La primera, la cuadrilla del *Chato*, compuesta de cinco hombres, es la más desalmada: ellos son los secuestradores de D. Severo y obran por cuenta propia. Tu negocio es aparte y obra del tío *Camelo* como suponíamos, el que esta noche con los otros estará en nuestras manos. Pero atiende á lo más lastimoso, como dice Chapín, á lo más original que registran los bandos del bandolerismo.

Esta gente, al robarte el caballo, trabajaban por cuenta de Lord Riffle. Parece que el respetable marmarracho se lo tiene ofrecido á la remilgada de su novia como prenda de su guapeza, que á despecho de la moralidad, de las leyes, y de sus años, estaba dispuesta á medirse contigo y conmigo. Estas cosas encantan siempre á las inglesas y sobre todo á los ingleses. Pero están frescos. El me ha tirado el guante, si le recojo no es culpa mía. Riffle viendo tu resistencia á vender el caballo, derramó el oro y el golpe se dió. Mas he aquí que el caballo no podía sacarse. Aquella noche estuvo el mar picado, y después todo el mundo prevenido. Resolvióse pues esconderlo aquí, donde lo hubiera estado eternamente sin mi heróico Tralla. Se esperaba el olvido, el cansancio, qué sé yo. De repente llega una fatal nueva al Amadis.

(Se concluirá.)

## PÍLADES Y ORESTES.

CUENTO ORIGINAL

L. S. DE BARRAMEDA.

(Continuación.)

Y frotaba sus manos, y mojaba con agua sus pulsos, mientras que Chapín procuraba hacerle tragar algunas gotas de vino, y el noble Tralla calentarle con su aliento.

D. Carlos replicó:

—Comparte como puedas, pero cosa de partir ni que lo pienses; nada. ¿Cómo dejaría yo impune tanto crimen que no puede haber cometido ese hombre solo? ¿Fuera indigno de mi gloria y de mi nombre!

—Pero quédate tú: nadie te dice que no te quedes. Solo hablo de los míos. Mi perro, Chapín, Geromo y yo, somos bastantes á custodiar á D. Severo.

—Lo dicho, dicho, Rafael, conque no te obstines. Ya sabes que nadie me coarta en mis atribuciones. Escucha, majadero. ¿No ves que tu presencia, la de tu Cid y la de tu vecino por esos vericuetos, cabrerizas y lugares, fuera como un clarín para el oído de los ladrones que de tal suerte quedaban prevenidos? Retira, pues, á nuestro pobre D. Severo á la cuadra ó pieza que ocupaba el potro... Mirale, mirale, ya vuelve en sí: ya balbucea. Dale allí de comer y de beber cuanto traemos; todo, á excepción de la ración de Tralla. No quiero que mi perro carezca nunca de lo necesario: porque supongo que me lo darás en albricias del hallazgo de Cid.

—¿Separarlo del potro? Nunca, respondióle el joven con entereza.

reló durante la noche, y saber con exactitud la hora precisa en que dejan este pícaro mundo.



Termino estas líneas manifestando lo muy resentido que estoy con el director de la Casa de la Moneda, donde se han acuñado últimamente nada menos de ciento cincuenta millones en monedas de á duro.

¿Querrán Vds. creer que no ha sido para mandar me siquiera un millar de muestra?

## TRAGA-SARDINAS (1).

### I.

Este era un caballero de Marquina, llamado don Lesmes, aunque conocido por Traga-Sardinas, y célebre por su insaciable apetito. Cuéntase allí que don Lesmes apostó un día á que se comía dos docenas de sardinas frescas, y se bebía una azumbre de vino mientras el reloj de la villa daba las doce, y ganó la apuesta, pues al dar el reloj la penúltima campanada, D. Lesmes se quitaba con el último trago de vino el dejo de la última sardina. A esta hazaña debía don Lesmes el apodo de Traga-Sardinas.

D. Lesmes era uno de aquellos que viven para comer, en lugar de comer para vivir. A pesar de ser caballero de casa solariega bastante rica, era solteron porque todos sus afectos estaban en el estómago y no un poquito más arriba. Un poquito más arriba ni un poquito más abajo no tenía afecto alguno.

No consistía su celebridad sólo en su insaciable apetito, sino también en su creencia de que el día que le perdiese ya podía ponerse bien con Dios, porque sin remedio era hombre muerto. Esta creencia tenía su origen en una broma que habían querido darle sus amigos. Como fuese hombre que dividía su amor á la manducatoria con su amor á la vida, sus amigos habían querido darle un susto tremendo haciéndole creer que se hallaba en inminente peligro de muerte. Puestos de acuerdo al efecto con el médico de la villa, éste le anunció que en el momento en que le faltase el apetito debía disponerse á morir, porque su muerte estaba próxima. D. Lesmes creyó á pies juntillas al médico, y preparado así, sus amigos se decidieron á hacerle perder el apetito; pero quienes se llevaron chasco fueron ellos y no D. Lesmes, á quien nunca lograron ver harto.

Fué por Marquina el insigne fabulista D. Félix María de Samaniego, que gustaba de pasar allí largas temporadas, y como le contasen lo inútiles que habían sido sus esfuerzos para asustar á D. Lesmes, y apelasen á su ingenio para conseguirlo, el buen don Félix les dijo:

—Déjenlo Vds. á mi cargo, que yo apretaré un poco mi flojo ingenio, á ver si cumplo con una fábula en acción el precepto de Horacio.

Samaniego vivía en una casa aislada en las cercanías de la villa.

D. Félix y D. Lesmes se encontraron al anochecer al retirarse de paseo.

—¡Oh, Sr. D. Félix!

—¡Oh, Sr. D. Lesmes! ¿Cómo vá esa humanidad?

—Bien, á Dios gracias, pues el apetito se conserva excelente. Hoy, despues de comer, me fuí á dormir la siesta acostumbrada, que nunca baja de un par de horas, pero no había pasado una, cuando me despertó el pícaro gusanillo...

—Le envidio á Vd. el apetito, porque yo le tengo fatal estos días.

—Dios me le conserve, porque el día que le pierda me voy inmediatamente al otro barrio, segun me ha dicho el médico.

—Hombre, ya podía Vd. acompañarme mañana á comer, porque mañana es mi cumpleaños, y me voy á aburrir comiendo sólo, con la falta de apetito que tengo estos días.

—Pues acepto el convite.

—Y no le pesará á Vd, amigo D. Lesmes, pues me han mandado de Laguardia, que es mi pueblo, un barril de vino rancio y una docena de perdices que deben ser cosa buena.

—¡Jé, jé, jé! ¡Cómo se regala este pícaro de D. Félix! Pues allá me tendrá Vd. y haremos por sacar el escote.

(1) Con el título de *Cuentos del hogar*, pondrá á la venta el editor D. Miguel Guijarro, dentro de pocos días, el sétimo tomo de cuentos de nuestro querido amigo y colaborador Trueba. Vaya de muestra uno de los más cortos y alegres, como deben ser todos los manjares estos días para evitar indigestiones.

—Véngase Vd. temprano, que quiero que almorcemos, comamos y cenemos juntos, porque no le suelto á Vd. hasta el día siguiente.

—¡Jé, jé, jé! Así que despache el chocolate y las *paminchas* y el vaso de leche y duerma la reposada, me tiene Vd. por allá. Ahora vamos á ver si nos dan de cenar, que me voy cayendo de debilidad con el pa-seito que hemos dado hasta Urberoaga.

—Pues lo dicho, Sr. D. Lesmes.

—Lo dicho, Sr. D. Félix.

### II.

A las ocho de la mañana siguiente subía D. Lesmes las escaleras de casa de Samaniego. Se levantaba temprano sirviéndole de despertador el estómago cuya debilidad reparaba con un tazon de cuatro onzas de chocolate, tres ó cuatro *paminchas* (que son unas tortas de pan muy sabrosas, como de cuarteron cada una) y la leche que cabía en uno de aquellos tremendos vasos de asa que suele haber en las aldeas. Lo que llamaba D. Lesmes la *reposada* era una hora de sueño en el sillón, porque hasta despues del chocolate había de dormir el buen D. Lesmes, si bien entonces se contentaba con dormir en el sillón y no en la cama como hacia despues de almorzar y comer.

A las nueve terminaban Traga-Sardinas y Samaniego un abundante almuerzo en cuya preparacion había hecho prodigios de habilidad y esmero la cocinera.

Samaniego era buen comedor, pero excitó vivamente la compasion de D. Lesmes con su falta de apetito, que decia haber perdido hacia algunos días.

—Ea, dijo D. Félix á su huésped, supongo que ahora querrá Vd. hechar el sueñecillo acostumbrado.

—Eso ya se sabe; sin la reposada ni aun el chocolate me sienta bien.

—Pues véngase Vd. á su cuarto y duerma á sus anchas.

D. Félix acompañó á D. Lesmes á uno de los cuartos más hermosos y retirados de la casa; D. Lesmes se desahogó de la ropa exterior y se acostó; y don Félix, despues de cerrar cuidadosamente la ventana para que la luz no le molestase, se salió del cuarto llevándose recatadamente el reloj de D. Lesmes que éste había colocado sobre la mesita de noche.

Hecho esto, Samaniego adelantó la hora, así del reloj del comedor como del de D. Lesmes, haciendo que ambos señalaran la una, y acercándose de puntillas al cuarto de D. Lesmes, escuchó, y como notase que este roncaba ya como un marrano, entró y colocó el reloj sobre la mesa de noche.

### III.

Media hora despues, es decir, antes de las diez de la mañana, D. Félix entró en el cuarto de D. Lesmes gritando al mismo tiempo que abría la ventana:

—Arriba, Sr. D. Lesmes!

—¿Qué hay, Sr. D. Félix? preguntó D. Lesmes despertando sobresaltado.

—¿Qué ha de haber, hombre? Que está ya la sopa en la mesa.

—¿Pues qué hora es?

—La una dada!

—La una! No puede ser, hombre!

—Vea Vd. el reloj.

—En efecto, dijo D. Lesmes mirando su reloj. Pero hombre, si me parecía que acababa de quedarme dormido!

—Es que tiene Vd. un sueño de ángel y se conoce que le ha sentado bien el almuerzo.

—Hombre, sí, á Dios gracias.

—¿Supongo que habrá buen apetito?

—Ese, á Dios gracias, no le pierdo yo nunca.

—Y eso que el almuerzo fué muy fuerte. Vamos á la mesa, que la comida no lo será menos.

D. Félix y D. Lesmes pasaron al comedor. Todavía parecía al segundo como que no habían trascurrido cuatro horas desde que terminó el almuerzo; pero el reloj del comedor, que como el suyo, señalaba más de la una, acabó de disipar sus dudas. Por casualidad el de la villa estaba aquel día parado, lo que explicó don Félix, como más erudito que D. Lesmes, diciendo que era efecto de sus muchos años, pues ya en 1512 tenía reloj público y sereno la villa de Marquina.

La comida fué magnífica. Cada vez que salía un nuevo plato, el rostro de D. Lesmes se encandilaba de alegría porque aquellos manjares eran capaces de abrir el apetito á un muerto por más que ni esto ni el ejemplo del buen diente de D. Lesmes, bastasen á vencer la parquedad de Samaniego, que la explicaba con lo desganado que andaba hacia días.

Terminada la comida antes de las tres, D. Lesmes, reventando de lleno, se fué á dormir la siesta, acompañándole al cuarto D. Félix que cerró cuidadosa-

mente la ventana para que no le molestase la luz, y salió, apoderándose del reloj del tragaldabas, y diciendo que él iba también á dormir una buena siesta.

Pero en lugar de ir á dormir la siesta, Samaniego se entretuvo en poner el reloj de D. Lesmes y el del comedor en las nueve, en cerrar con el mayor esmero todos los balcones y ventanas de la casa y encender la lámpara del comedor, mientras las criadas hacían todas las transformaciones necesarias para la cena.

Acercóse D. Félix á oscuras al cuarto de Traga-Sardinas y como oyese á este roncar, entró y dejando el reloj sobre la mesa de noche, salióse y fué á recibir y encerrar en el cuarto contiguo al comedor, á una porción de amigos suyos y de D. Lesmes, incluso el médico de la villa, á quienes sintió subir sigilosamente la escalera.

Poco despues tomó una luz y se dirigió al cuarto de Traga-Sardinas.

### IV.

—¡Sr. D. Lesmes! ¡Sr. D. Lesmes! gritó D. Félix desde la puerta.

—¿Qué ocurre? contestó D. Lesmes despertando sorprendido con la luz artificial y aquellas voces.

—¿Está Vd. malo?

—No, á Dios gracias. ¿Por qué me lo pregunta Vd?

—Porque tanto dormir me dá mala espina.

—¿Cómo que tanto dormir si no hace media hora que me acosté?

—¡No tiene Vd. mala media hora, cuando lleva durmiendo cerca de seis!

—¿Pues qué hora es?

—Las nueve.

—¿Las nueve?

—Sí, señor, y si no, vea Vd. el reloj.

—¡En efecto! exclamó D. Lesmes consultando el reloj. ¡Pero si se me había hecho la siesta un cuarto de hora!

—¡Dichoso Vd. que tan apacible sueño tiene! Ea, vístase Vd. y vamos á cenar.

—¡A cenar...! murmuró D. Lesmes poniéndose mal humorado porque creyó que su estómago no recibía aquella noticia con la satisfacción de costumbre.

—Sí, señor, á cenar, ¿pues qué no le parece á usted aun hora? Yo mismo me estoy cayendo de debilidad, á pesar de lo desganado que ando estos días. Ya veo que del decantado apetito de Vd. hay que rebajar mucho.

D. Lesmes se vistió y se dirigió al comedor cuyo reloj marcaba como el suyo más de las nueve, y D. Félix y él se sentaron á la mesa.

Sirviéronles una ensalada de lechuga con rajadas de huevo, que por aquella tierra suele servir de introduccion así como en otras suele servir de postre, y ambos le hicieron los honores correspondientes.

Tras la ensalada vino una enorme fuente de perdices estofadas, que eran el manjar más codiciado de D. Lesmes. Este sonrió de alegría al ver las perdices, pero Samaniego notó que al llevarse á la boca un trozo de tentadora pechuga, se puso descolorido y masticaba como con repugnancia.

—Amigo D. Lesmes, dijo D. Félix trinchanto con delicia el tercer muslo de perdiz, es necesario convenir en que á ataque de perdiz no hay inapetencia que resista.

D. Lesmes, que á su vez se llevaba á los labios otra pechuga, dejó caer al plato tenedor y presa, exclamando con terror y desesperacion:

—¡Ay, Sr. D. Félix! ¡Soy hombre perdido!

—¿Por qué, Sr. D. Lesmes?

—Porque ha llegado mi última hora. ¿Que venga el médico, ó mejor dicho que venga mi confesor!

—¿Ha perdido Vd. el juicio, Sr. D. Lesmes?

—No, lo que he perdido es el apetito, que es en mí tanto como perder la vida.

Y D. Lesmes, llorando y aterrado, clamaba porque llamaran al médico y á su confesor.

Una de las criadas hizo que salía precipitadamente y un instante despues entró en el comedor seguida del médico, á quien decia haber encontrado casualmente apenas puso el pie en la calle.

En efecto, Traga-Sardinas sentía ansias de muerte y creía llegados sus últimos instantes.

—¿Qué ocurre, Sr. D. Lesmes? Le preguntó el médico.

—¿Que he perdido el apetito!

—¿Comiendo á las horas regulares?

—¡Sí, señor!

—Si es así, ¡caso desesperado tenemos!

Oyéronse pasos precipitados en el corredor, y entraron los amigos de Traga-Sardinas, fingiéndose profundamente consternados.

—D. Lesmes, ¿qué es lo que ocurre?

—¿Que ha llegado mi última noche!

—Dirá Vd. su último día?

—¡Ay! ¡Ya no verá el de mañana!

—Pero verá Vd. el de hoy, dijo el médico. Que abran esos balcones para que el moribundo respire el aire libre.

Una criada abrió de par en par el balcon del comedor, y el sol, que todavía estaba lejos del ocaso, inundó de luz el comedor, é hirió el rostro de D. Lesmes que dió un grito de alegría y sorpresa al mismo tiempo que todos los circunstantes prorrumpian en ruidosas carcajadas y aplaudian á Samaniego, calificando de su más ingeniosa fábula la que acababa de poner en accion.

—Señor D. Félix, exclamó el médico, falta la moraleja de la fábula.

—Entre la fábula y la moraleja debe haber algun espacio, contestó D. Félix.

Poco tiempo despues, los amigos de D. Lesmes y de D. Félix, fueron á dar á este último la noticia de que el primero, al terminar una comilona, habia reventado de lleno.

—¡Ahí tienen Vds. la moraleja de la fábula! exclamó el Sr. D. Félix con tristeza.

ANTONIO DE TRUEBA.

## REVISTA DEL MES DE DICIEMBRE.

Ya pasó el mes de Diciembre,  
que todo en el mundo pasa,  
dejándonos las narices  
por los hielos encarnadas.  
Trajo los gabanes rusos,  
prendas de abrigo y de gracia,  
moda que enfunda á los hombres,  
que hasta las piernas les tapa,  
y que, segun mi memoria,  
si mi memoria no falta,  
los usaron los cocheros  
antes que la aristocracia.  
Para luchar con los frios  
no hubo precaucion escasa;  
pero los frios triunfando  
lo mismo en Madrid que en Málaga,  
causaron, segun acusan  
los estadistas de fama,  
una mortandad horrible  
en nuestra querida España.  
Hubo más de un madrileño  
que, saltando de la cama,  
—¿Cuántas defunciones hubo  
ayer?—dijo á su criada;  
y al escuchar que noventa,  
que fué la cifra ordinaria,  
á tiritar se volvía  
cobijado por las mantas.  
—¡Jesús, la gente que muere!  
—¡De esta hecha Madrid se acaba!  
—¿Pero, no nacen?  
—Sí nacen;  
pero en proporcion escasa.  
—¿Y no se casa la gente?  
—Poca tambien.  
—¡Dios nos valga!

Y con estas y las otras  
fueron girando las pláticas  
en las humanas dolencias,  
que fué una continua alarma.  
Y tanto creció el recelo,  
que de pavos las manadas  
inmortales se creyeron  
cruzando calles y plazas.  
—No hay que affigirse, decian,  
que aún falta para las Pascuas  
y no habrá entonces con vida  
gentes que quieran quitarla!  
Pero los pavos proponen,  
y en sus cálculos se engañan,  
que al llegar la Noche-Buena,  
para ellos fué rematada,  
pues sucumbieron á miles  
víctimas de horrenda saña.  
¡Qué degollacion de Herodes!  
¡Qué visperas sicilianas  
para el pavidio horrendo

que se ejecutó en las casas!  
Y la funesta hecatombe  
tuvo efecto entre algazara,  
al son de las panderetas  
y de las marciales cajas,  
almireces y zambombas,  
castañuelas y chicharras.  
Y los restos de las aves  
rociáronse, segun fama,  
con zumo de Valdepeñas,  
Málaga, Jerez y Arganda!

Diciembre vió en sus anales  
desagraviado á Sagasta,  
reformado el Ministerio  
y otra vez en él á Cánovas.  
Nuestro valeroso ejército  
siguió en las Provincias Vascas  
con la nieve á la cintura  
metiendo en ella á los cárças.  
Aun queda el postrer esfuerzo,  
mas para darlo no falta  
valor en los corazones  
y sí camino á las plantas.  
Haya posible camino,  
no falten al héroe balas  
y Carlos el de Oroquieta,  
por volver á las andadas  
se volverá á las corridas  
que le dieron tanta fama.

Año de setenta y cinco,  
bien viniste, bien te vayas  
y á tu sucesor el triunfo  
definitivo le encarga.  
Si esto haces, que no lo dudo,  
será tu memoria grata  
y el cronista de tus hechos  
aplaudirá tus hazañas.  
La paz á España trajiste,  
setenta y cinco, bien hayas,  
pues dejaste ver la aurora  
de salvacion para España!

## NECROLOGÍA ESPAÑOLA.

### DICIEMBRE DEL 75.

D. Federico Shelly y Calpena, director de telégrafos de Murcia, en cuya capital falleció en 1.º de Diciembre.

Ilmo. Sr. D. Buenaventura de Palau y Catalá, abogado y secretario que fué de la Depositaria y Consejo de provincia de Barcelona; falleció en Prades (Francia), en 3 de Diciembre.

Excmo. Sr. Dr. D. Juan Ceballos y Gomez, catedrático de término de la Facultad de Medicina de Cádiz, caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, comendador de la de Carlos III, secretario de la Real Academia de Medicina y Cirujía de dicha poblacion, vocal de la Sociedad Económica de Amigos del País, miembro de varias corporaciones científicas y literarias, nacionales y extranjeras, etc. etc.; murió en Cádiz en 3 de Diciembre.

D. Ramon Cuspinera y Figueras, profesor del colegio de Valldemia; falleció en Mataró en 4 de Diciembre.

D. Antonio Fernandez Cabrera, cura párroco de la Magdalena de Sevilla y catedrático de aquel seminario; murió en la referida poblacion en los primeros dias de Diciembre.

D. Mariano Cubí y Soler, reputado frenólogo y escritor; murió en Barcelona en 5 de Diciembre.

D. Plácido Grande y Frutos, notario eclesiástico del arzobispado de Toledo, caballero de la Orden civil de Beneficencia; falleció el 5 de Diciembre, en Madrid.

D. Victor Carrion Fernandez, correo de gabinete jubilado, caballero de la Orden de Isabel la Católica; murió en Madrid en 8 de Diciembre.

Ilmo. Sr. D. José Luis Montagud, obispo de Segorbe; falleció en Valencia en 9 de Diciembre.

Ilmo. Sr. D. Eduardo Martin de la Cámara y Puertas, jefe superior de Administracion civil, ex-diputado provincial, agente de negocios colejiado; falleció en Madrid en 9 de Diciembre.

D. Cayetano Gimenez y Valentin, coronel de infantería retirado; murió en Madrid en 10 de Diciembre.

Ilmo. Sr. D. Miguel Sans y Serra, secretario honorario de la reina doña Isabel II, ex-diputado á Cortes y notario de Barcelona, en cuya capital falleció en 10 de Diciembre.

D. Ramon Gomez Mercado, coronel de infantería, caballero de la real y militar Orden de San Hermenegildo, de la de 1.ª clase de San Fernando, de Isabel la Católica, roja del Mérito militar y otras varias por ac-

ciones de guerra; falleció en Madrid en 12 de Diciembre.

D. Ignacio de Grassa y Tasso, ex-diputado provincial por Zaragoza y magistrado suplente; murió en dicha capital en 13 de Diciembre.

D. Francisco Echanove, antiguo periodista y gobernador de la provincia de Leon; falleció en 14 de Diciembre.

D. Manuel Izquierdo, ex-gobernador de la provincia de Murcia.

D. Félix Valon, baron de Mora y decano de los mayordomos de semana de S. M.; falleció en Barbastro.

D. Joaquin Planella, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, en cuya capital falleció á una edad avanzada.

D. Pedro Lopez Montenegro, presidente de sala jubilado; falleció en Valladolid.

Excmo. Sr. D. Rafael de Guardamino, ex-diputado á Cortes, diputado general de Vizcaya y subsecretario que fué del Ministerio de Gracia y Justicia; falleció en Ramales en 14 de Diciembre.

D. Tomás Subiela y Fernandez, comisario ordenador de Administracion de la Armada, comendador de número de Carlos III, falleció en Madrid en 15 de Diciembre.

D. Ramon Peralta y Lasmarias, beneficiado del Santo Templo de la Seo de Zaragoza; falleció en 15 de Diciembre.

D. Pedro Galan, uno de los pocos marinos que iban quedando, procedentes de Trafalgar; falleció en Santander.

Don Juan Seguí, doctor en Medicina; muerto en Alicante.

Excmo. Sr. D. Rafael de Tavern Nuñez Pastor, contraalmirante de la armada; murió en Barcelona en 15 de Diciembre.

Don Juan Manuel Barrio y Garcia, ex-senador del reino, caballero de las Ordenes de Carlos III é Isabel la Católica; murió en Madrid en 16 de Diciembre.

Don Enrique Lopez y Martinez, pintor de historia; muerto en Madrid.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Vilella y Crespo, magistrado jubilado de la audiencia de Barcelona; falleció en Madrid en 18 de Diciembre.

Excmo. Sr. D. Rafael de Húmara y Salamanca, jefe superior de administracion, ex-gobernador de provincia, gran cruz de Isabel la Católica y caballero de la de Carlos III y otras varias; falleció en Madrid en 18 de Diciembre.

Don Ramon de Lago y Mugártegui, coronel de infantería retirado; murió en Madrid en 19 de Diciembre.

Don Manuel Arbós y Ayerbe, pintor, caballero de la Orden de Carlos III, individuo de varias corporaciones artísticas; falleció en Madrid en 20 de Diciembre.

Excmo. Sr. D. Agustin de Armendariz y Murillo, marqués de Armendariz, ex-ministro de la Corona é intendente que fué de la real casa; murió en 20 de Diciembre.

Fray Domingo Gussiñer, presbítero, beneficiado de Santa María del Mar, en Barcelona; falleció en 20 de Diciembre.

Don Roque Garay y Ruiz, banquero madrileño; murió en Sevilla en 20 de Diciembre.

Don Francisco Carbonell, gobernador que fué de Valencia y rector de la universidad literaria, ex-senador, etc. Falleció en Valencia en 21 de Diciembre.

Don Ignacio Yoller y Lersundi, coronel de infantería, caballero de la placa de la real y militar Orden de San Hermenegildo, de la roja y blanca del Mérito militar, de la militar de San Fernando, y otras varias de distincion por hechos de guerra, etc., etc.; falleció en Madrid en 22 de Diciembre.

Don Diego Leonardo Gallardo, antiguo profesor del instituto de Jerez de la Frontera; muerto en dicha poblacion.

Don Rafael Lorenzana, ex-diputado á Cortes; falleció en Leon.

Don Cipriano Bergez y Dufoó, decano del colegio de abogados de Alicante y vice-presidente de la comision permanente de su Diputacion provincial; murió en dicha capital en 23 de Diciembre.

Don Vicente del Alcázar y Nero Vera de Aragon, marqués de Sofraga; murió desgraciadamente en Sara, frontera francesa, en 24 de Diciembre.

Excmo. Sr. D. Antonio de Altuna, ex-diputado á Cortes y gentil-hombre de Cámara; falleció en Córdoba en 25 de Diciembre.

Don Manuel Vinuesa y de la Torre, coronel retirado y comandante general jubilado del resguardo de Hacienda de Filipinas; murió en Madrid en 25 de Diciembre.

Excmo. Sr. D. Antonio Caballero y Fernandez de Rodas, teniente general de los ejércitos, gran cruz de San Hermenegildo, Carlos III y Mérito militar; falleció en 26 de Diciembre.

Don José Calixto Serrano, coronel retirado; murió en Madrid en 26 de Diciembre.

Don Pantaleon Muntión y Pereira, juez de primera instancia de Madrid y magistrado electo de Filipinas; murió en Pozuelo en 27 de Diciembre.

Excmo. Sr. D. Juan Tomás Comyn, consejero de Estado y ministro plenipotenciario que fué en varias córtes extranjeras; murió en Madrid en 27 de Diciembre.

Don Nemesio Lopez de Redondo, Presidente de la Academia de Bellas Artes de Valladolid y decano del Ilustre Colegio de Abogados de dicha capital, en la que murió en 29 de Diciembre.

CASCABELES.

El Sr. Ferrer de Couto, incansable en la campaña que á favor de los intereses de España viene haciendo en su periódico de Nueva-York *El Cronista*, se ha embarcado ya con dirección á la república americana. Le deseamos próspero viaje, feliz llegada y el mayor éxito en todas sus empresas.

Hoy que tan poco abundan los caracteres, el señor Ferrer de Couto es acreedor á toda la simpatía de sus compatriotas.

Las clases pasivas se están preparando para la revista semestral que ha de pasarse en estos dias. Los presbíteros exclaustrados, las respetables viudas de intendentes y jefes políticos, las huérfanas eternas y mártires, preparan sus fés de vida y los títulos que prueban su derecho á vivir del presupuesto. Pasad revista, que esto es lo menos que soleis pasar en este mundo.

Se hacen grandes preparativos para esperar á los reyes este año; pero los pareceres están muy divididos entre los que acostumbran á salir á esperarlos. Quien dice que vienen por la venta del Espíritu Santo, quién que por la Puerta de Hierro, quién que aprovecharán el ferro-carril y llegarán por el Mediodía.

Tengo noticia de que los reyes van á traer muchos tomos del periódico *Los Niños*, para sorprender durante su sueño á los pequeñuelos, y ponerlos encima de su cama, para cuando despierten al siguiente día.

Hace un año que los periódicos carlistas denostaban de una manera procaz á un español que se había batido en duelo, en defensa del honor de España, y que mortalmente herido no podía contestarles.

¿Qué dirían ahora dichos periódicos, sabiendo que personas allegadas á D. Carlos lo habían hecho también, resultando muerta una de las mismas?

Un centro político muy conocido en Madrid, ha dado últimamente una función extraordinaria y fuera de abono para la renovación de cargos.

Los asistentes á ella debieron sufrir un suplicio análogo al de Tántalo. ¡No se pronunciaron discursos!

No sabíamos que en la calle del Gato existe un colegio de niños.

Si lo hubiéramos sabido, hubiésemos puesto en otra calle el en que, según decía *La Correspondencia del Cascabel*, fueron examinados Echegaray, Figuerola y otros niños.

Sabiendo todo el mundo que *La Correspondencia del Cascabel* es una *inocentada*, no comprendemos que haya quien tome como serio y formal lo que es pura broma.

El teatro de la Comedia sigue muy concurrido. Mário lo entiende. Trabaja mucho, pero con honra y provecho.

NECROLOGIA.

En Sevilla, adonde había ido á pasar una temporada, falleció repentinamente el 20 del pasado, nuestro estimado amigo el banquero de Madrid D. Roque Garay y Ruiz, joven de muy buenas prendas, muy conocido de las empresas periodísticas que en su casa

descontaban los giros á provincias. Su muerte nos ha sorprendido dolorosamente; siempre le debimos la más cordial amistad, y siempre nos mereció el mejor concepto por su gran inteligencia y su laboriosidad. Damos el más sincero pésame á su atribulada familia.

El cadáver embalsamado fué traído á Madrid y sepultado en el cementerio de San Luis el día 28.

De un criminal notable traen largos y curiosos detalles los periódicos norte-americanos. Es un mozo de treinta y cinco años, hombre de buen aspecto y esmerada educación, que en 1865 se casó con Mis Ella Penney, hija de padres ricos. Matthew Van Ostran, que así se llama, se dedicó al comercio, y á los dos años simuló una quiebra y escapó á Canadá, donde se le reunió su mujer, que al año no pudo sufrirle más y se volvió con sus dos hijos á casa de los padres. El marido se fué de Canadá y se estableció en Lockport, donde se casó nuevamente, no viviendo con la engañada esposa más que cuatro ó seis semanas, y saliendo escapado de allí, sin la nueva víctima, pero llevándose mucho dinero que los banqueros le dieron con la mayor confianza. En Columbus, Ohio, donde fué á plantar sus reales, iba á casarse con la hija de un acaudalado comerciante, cuando se descubrieron algunas de sus inmensas deudas, y se desbarató el casamiento, y fué condenado á cuatro años de prisión, que el gobernador redujo á dos. Puesto en libertad huyó á Delaware, cambiando de nombre y fingiéndose pastor de la iglesia presbiteriana, se casó, y va de tres, con la hija del pastor, á quien sustituyó. En su nuevo estado cometió los más ineficaces y feos delitos, siendo el escándalo de todo el vecindario, por lo que tuvo que huir, y fué á establecerse, recobrando su antiguo nombre en Springfields, y ya no como *pastorcito*, sino como negociante. Allí se casó con la cuarta, siendo la *favorecida* una joven viuda. Pronto se tuvo noticia de sus antecedentes, y acudió á su recurso de siempre, huyó y se refugió en Windsor, donde pretendió á una modista, de origen francés, Juana Dubois, que debía tener buenas dotes de previsión y prudencia, porque tomando minuciosos informes de su novio, averiguó toda su historia y dió aviso á la policía. Este seductor de mujeres, capaz de casarse con medio mundo y desplumar á todos los comerciantes del mundo entero, es un tipo verdaderamente singular, y es difícil que haya otro que se le parezca. Hay seductores de mujeres y ladrones de honras que no lo son de dinero, y los hay de dinero que no dedican su tiempo á enamorar mujeres, y menos á casarse, pero Matthew se conoce que tenía tiempo para todo y gusto para todo también.

Con atención preferente leemos siempre los periódicos de los Estados-Unidos de América, y en ellos, á la vez que nos enteramos de los grandes adelantos que allí se hacen todos los dias en industria, en comercio y en lo que se refiere á empresas por todo extremo atrevidas y aventuradas, vemos que en criminalidad tampoco hay país culto que presente un progreso tan notable, así por el número como por la calidad de los crímenes que se ejecutan diariamente con las más graves circunstancias. Espantosos asesinatos, como el cometido últimamente por Patrick Fonhey, que derramó el petróleo de una lámpara sobre su mujer, muriendo esta infeliz entre los más agudos dolores; robos en las casas y en las calles; quiebras fraudulentas; defalcas, excesos y atropellos de todo linaje, son allí cosa de todos los dias. Y en lo tocante á la moralidad administrativa, sirva de ejemplo el siguiente caso reciente. El Municipio de Tanmany sigue ahora un proceso contra William M. Tweed por haber este señor dilapidado nada menos que seis millones de pesos de los fondos públicos. El reo, que estaba en la cárcel en Nueva-York, pero salía á paseo acompañado de dos vigilantes, se ha escapado, siendo de presumir que para llevar á cabo esta operación haya utilizado una pequeña parte de aquella cantidad. Veán Vds. un criminal que, en la capital de otra nación donde se refugie y esté libre del alcance de la justicia de su país, pasará por uno de los más poderosos ca-

balleros, como que le acompaña el que el gran Quevedo llamó el más poderoso de todos. ¡Y cuántos hombres incapaces de cometer una mala acción irán á hacer la corte á tan solemne bribón!

CHARADITA.

La primera es una letra y una letra la segunda, y tercia otra letra; el todo está en tu ropa sin duda. Y al que acierte la charada le ofrezco, si está en ayunas, un vasito de agua fresca y un terroncito de azúcar.

ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACION PARA 1876.

Se acaba de publicar este precioso libro, que contiene lo siguiente:

- Santoral completísimo.
- Juicio del año, por Frontaura.
- 1875 — por....
- El Fastidio, por el Conde de Fabraquer.
- Sonetos, por Perez de Guzman.
- Discusion al aire libre, por Fernandez y Gonzalez.
- Enseñanza agrícola de España, por Alvístur.
- Soneto, por Rossell.
- Sonar despierto, por Guerrero.
- El poeta Lebid, por Soriano Fuertes.
- Memorias del Tirol, por Jerez Perchet.
- Pensamientos, por Palacio.
- Sumaria noticia de las Provincias vascongadas, por Trueba.
- Don Giovanni, de Mozart, por Esperanza y Sola.
- ¿Qué es el amor? por Porset.
- El director de LA EROCA, por Guzman.
- La bendicion, por Catalina.
- La aldeana, por Elvira Solís.
- A Quevedo, por Palacio.
- Poesías de Sepúlveda.
- Mi ambicion, por Jimenez Delgado.
- Catálogo curiosísimo de periodistas españoles desde el año de 1600 hasta 1875, notable trabajo del señor Perez de Guzman.

Este ALMANAQUE, lleno de grabados de primer orden, impreso en magnifico papel, es el mejor de los que se publican en España.

Los suscritores de EL CASCABEL que quieran recibirlo de regalo, no tienen más que renovar su abono por todo el año 76: los de Madrid, en la administración, Plaza de Matute, 2; y los de provincias, remitiendo el importe de la renovación en libranzas ó sellos, á nombre del director de EL CASCABEL, sin más señas, y lo recibirán á vuelta de correo.

**LOS NIÑOS.**  
REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,  
premiada en la Exposición de Viena de 1873,  
DIRIGIDA POR  
D. CARLOS FRONTAURA.

Un año en Madrid. . . . . 40 rvn.  
» » en provincias. . . . . 50 »  
Seis meses: 22 y 28 respectivamente.  
Se publica los dias 10, 20 y 30 de cada mes.  
Forma dos elegantes tomos al año, ilustrados con preciosos grabados.

ADMINISTRACION, MATUTE, 2, MADRID.

IMPRESA DE EL CASCABEL: Cid, núm. 4. (Recoletos)

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administración: Plaza de Matute, núm. 2, librería.

A REAL LA LINEA.

BARAJA GEOGRAFICA

DEDICADA Á LOS NIÑOS

por el coronel geógrafo

SEÑOR LOPEZ FABRA

Util é instructivo entretenimiento para los niños. Quedan poquísimos ejemplares, y se venden á 8 rs. en la Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute 2. Se envían á provincias á quien remita 8 reales á la Administración de EL CASCABEL.

MUJERES DEL EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado

LARMIG

Segunda edición aumentada con el precioso canto,

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

LAS LLAVES

POR

TEODORO GUERRERO.

Libro sin color definido, unas veces serio, otras veces burlesco, humorístico y agrídulce, en que la risa se mezcla con el llanto, en que la filosofía se pasea del brazo con la sátira, sin otro objeto que buscar el secreto de la existencia; problema que nadie ha resuelto, charada que nadie ha descifrado—ni el autor tampoco.

Hé aquí el índice del libro:—Introducción.—La llave de la casa.—La llave del cuarto.—La llave de la despensa.—La llave del arca.—La llave del bufete.—La llave del ropero.—La llave del jardín.—La llave del mundo.—La llave del reloj.—La llave del salón.—El lavin del Ministerio.—La llave del oratorio.—La llave del fusil.—La llave del corazón.—La ganzúa.—La llave del ataud.—Post-scriptum.

Se vende á 10 reales en Madrid, plaza de Matute, 2, y en las principales librerías.

En Provincias, 12 rs., remitiéndolo certificado.

Pedidos al autor, calle Serrano, 82.

BIBLIOTECA DE LA RISA

CUENTOS

DE

BOCCACIO.

Dos tomos en 8.º—Precio de cada uno, 1 peseta.—Véndese en las principales librerías de Madrid y provincias.—Los pedidos á *La Anticuaria*, Plaza de S. Sebastian, número 5, Barcelona.

EL LIBRO DE LOS ORADORES

POR TIMON.

Dos abultados tomos, 12 rs.—Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias.—Los pedidos á la librería de Llordacho, Plaza de San Sebastian, 5, Barcelona.